



CÓMO SOBREVIVIR A UNA PANDEMIA

Erma Cárdenas

CÓMO SOBREVIVIR
A UNA PANDEMIA



Primera edición: marzo 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Erma Cárdenas

ISBN: 978-84-19151-24-7

ISBN digital: 978-84-19151-25-4

Depósito legal: M-8373-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para todos aquellos que, en medio de una
tragedia, aprenden riéndose.*

2020, la pandemia

Ciudad de México

Hoy, 26 de marzo, con las maletas hechas y antes de tomar el taxi para el aeropuerto, Kelvyn decidió consultar el itinerario de viaje. Su corazonada resultó cierta: ¡cancelaron nuestros boletos Londres-Adelaida! Y no había nada que hacer. Lo aprendimos semanas antes, con la búsqueda frenética de otra vía: conseguimos París, cambio de avión en Dubái, llegada a Australia un día después. Nos felicitamos. Empacamos. Le di al conserje los alimentos que tenía en el refrigerador. Hice una lista para que no olvidáramos cerrar el gas, la electricidad, agua. Y... sufrimos la primera cancelación; esta (¡maldición de Satanás!) es la segunda.

Tras varias exclamaciones que no aplacaron mi ira y con un sentimiento de *déjà vu*, pedimos que nos devolvieran nuestro dinero. Nos concedieron la mitad. Solo la mitad. Aeroméxico seguía prestando servicio México-Londres y, si no nos convenía, qué pena. Ni siquiera

nos rebelamos. Nos invadía un sentimiento de total indefensión; otro de gratitud: conservábamos la salud. ¿Las quejas? Inútiles. Debíamos apreciar nuestra buena suerte: un apartamento hermoso donde pasar la cuarentena, dinero, nuestra mutua y enamorada compañía. Desde luego lo apreciamos. Lo único que me molesta es la imposición del agradecimiento, ese humillante «debíamos». Suspirando, repuse los víveres que con tanta generosidad regalé.

Después, seguí hilando sobre el mismo tema: aunque Kelvyn y yo pertenecemos a la tercera edad, la más frágil, gozamos de una resistencia física envidiable. Quizá sea un defecto. Nuestra desaparición y la de nuestros contemporáneos mejoraría el ambiente y el sistema económico global. Los países ahorrarían billones en pensiones, hospitales, cuidadores, medicinas, etc. Los viejos sobramos. Peor aún, estamos a merced de los poderosos, porque no se les puede llamar gobernantes. Hablan, pierden el tiempo, mienten, roban, inventan planes absurdos, pero no gobiernan... y a estos bichos les hemos entregado nuestras pensiones para que las administren de la mejor manera.

Gracias a los chats, me entero que los chinos tienen el plan perfecto para llevar a cabo el sometimiento total. Dos versiones predominan: a) con toda la mala leche del mundo, «inventaron» el coronavirus en un laboratorio; y b) no inventaron nada: el covid-19 se les escapó del ya mencionado laboratorio. Sea lo que fuere, lo exportaron a Trump y este troglodita lo esparció a lo largo y ancho de la Tierra. Copiando a Hitler, el sometimiento empe-

zará eliminando a los inútiles: Kelvyn y yo. No, claro que no. La idea de una conspiración me parece absurda: la manera más eficaz de aplastar la posibilidad de sobrevivir.

Divide y vencerás. En vez de unirnos contra el enemigo común, matémonos a sangre fría. Por este motivo se han prolongado guerras, dictaduras y pandemias. Se los ruego, aprendamos del pasado. Aunque demográficamente sería conveniente nuestra extinción, los ancianos tenemos una buena razón para seguir consumiendo oxígeno: cuando por milagro nos escuchan, transmitimos nuestra experiencia, única manera de no cometer los mismos errores. Bien merecemos que nos soporten. Calma, muchachos, su herencia (tanto en \$ como en recuerdos) está segura. Esperen, tranquilos; todo llega.

En verdad, aceptaría morir. Disfruto días plenos, completos, felices: cosecho lo que sembré. Mis hijos viven lo que eligieron; los nietos, a quienes apenas conozco, son mi esperanza, la garantía del futuro. Me envían por chat lo que, según poetas y sabios, necesitamos hacer antes de morir. Tras leer una lista casi interminable, me encojo de hombros. Nunca me atrajo una caminata con los pies desnudos, ni acariciar un tigre, el *bungee* (salto al vacío) o la lluvia sobre el rostro. Aprecio demasiado mi columna vertebral y estoy segura de que pescaría un catarro si no uso zapatos o paraguas. En cuanto a convertirme en sándwich de un felino... paso.

No tengo sueños inconclusos, ni arrepentimientos, ni culpas... pero hay de muertes a muertes. Rechazo el fallecimiento por asfixia. Yo decidiré cuándo y, si los

dioses me bendicen, cómo. En veinte años será posible pedir un somnífero letal, por teléfono, en la farmacia. Lo enguilliré brindando por la vida, acompañada de amigos y familia. Luego, mientras duermo, llegaré al paraíso. *To sleep, per chance to dream... to think no more.* Shakespeare (mi héroe) disculpará que adapte una de sus frases inmortales a mi obra.

La eutanasia forma parte de nuestro legado, además de anticonceptivos, la caída de la cortina de hierro, la liberación femenina, el matrimonio gay y la condena a los sacerdotes pedófilos. Para cerrar con broche de oro, le enseñaremos a nuestros hijos que la muerte es, simplemente, el fin y que, atrás, no hay castigos, ni premios. No me veo disfrazada de arcángel, cantando loas al Señor durante una eternidad, ni peleándome por conquistar un sitio privilegiado cerca del trono celestial. Prefiero el descanso bajo tierra: que mis cenizas vuelvan a su origen.

Mi generación aprovechó los años en que conducimos el barco llamado presente. En medio de terribles errores, nos arrastramos milímetro a milímetro, siempre hacia adelante. Disminuyó la fe ciega, también la nefasta influencia religiosa, aumentado el respeto hacia los jóvenes, la ciencia y la confianza en nosotros mismos. La vacuna contra el coronavirus no la deberemos a la intervención divina sino a la inteligencia del hombre.

¿Por qué o para qué escribo un diario? En estos momentos sobra el tiempo. Antes tan valioso, se ha vuelto excesivo y, por lo tanto, despreciable. Quizá interpreto el pasado, otra manera de vivir. O regreso a la adolescen-

cia, ese «querido diario» que sirve de catarsis... ¿Necesito una justificación?

27 de marzo de 2020

Querido diario:

Iremos de compras a la Comercial de Interlomas. Ese hecho exige una reflexión previa: ¿arriesgo mi salud? ¿Qué tanto? Hago cálculos: distancia sana, me lavo las manos antes de salir y después del mercado, desinfecto zapatos, víveres. Decido: vale la pena. Un precio bajo con tal de pertenecer, todavía, al mundo externo.

La tienda está vacía. Apenas una que otra persona en los pasillos y, si nos cruzamos, por común acuerdo nos volvemos hacia los anaqueles, como ensayado de antemano. En unas horas, el vecino se ha vuelto la fuente de contagio, el agresor. Yo estoy sana, no acarreo gérmenes, soy la buena y, si no tomo mil precauciones, me convertiré en la víctima.

Mi prójimo me resulta indiferente. Jamás participé en bazares, obras de caridad o rifas: que cada quien se rasque con sus propias uñas. No confundamos la ayuda con la irresponsabilidad y la dependencia. No le robemos al pobre la satisfacción de valerse por sí mismo, contribuyendo al bien social. La educación es el medio más efectivo de lograrlo. Por eso, fundé un colegio. Bastante hice para que las niñas obtuvieran becas y se les considerara parte esencial de la familia; bastante con alcanzar las metas, difíciles, elusivas, que me ponía enfrente. Porque no iba a desilusionarme y, mucho menos, a mi abuelo. Algunas primas y yo somos las únicas que merecen su apelli-

do. Mi madre y mis tíos, inútiles, drogadictos, borrachos, vagos, desprestigiaron nuestro nombre. Un castigo para el anciano por no educar a sus hijos.

Retomemos el tema: mis alumnas... Durante veintiún generaciones prediqué, en todos los tonos, «las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres». Y, de repente, me encuentro a esas niñas convertidas en ingenieras, médicas, administradoras, reporteras, arquitectas. A tal grado han invadido el mercado laboral, que agregaron el género femenino a profesiones que antes «pertenecían» a los varones. Hoy, las generaciones que formé están a la par. Y no hay vuelta atrás. Puse mi grano de arena. Lo logré.

Me pierdo en divagaciones; argumento sin ton ni son. Lo bueno es que nadie me contradice...

En el mercado actúo con responsabilidad: no hago compras de pánico. Me siento muy satisfecha pero, apenas llego a casa, una prima me llama para decirme que atasque la despensa.

Habrá escasez, ni duda cabe. Más violencia. La gente robará y hasta matará para alimentar a sus hijos. ¿Amaos los unos a los otros? Nadie ama al extraño, difícilmente al vecino. Se le tolera mientras no representa peligro.

Parece que vivo en el Medioevo, durante la peste bubónica. Me apasiona investigar catástrofes. Imagino desastres recostada en mi cama, al resguardo de cualquier eventualidad. Hoy leeré *Diario del año de la plaga* para comparar aquella realidad con esta. No creo que pase algo irremediable. Mis nietos heredarán el mundo y, al igual

que nosotros, sus abuelos y bisabuelos, con una torpeza increíble, cometiendo equivocaciones, tropezando, cayendo y levantándose, lo salvarán.

28 de marzo de 2020

Querido diario:

Si pretendo conservar mi matrimonio, debo entretener a Kelvyn o se pondrá de un humor negro. Nunca peleamos y no voy a empezar en este momento. Remodelaremos el apto. Sería maravilloso que en tres meses de encierro lo logremos.

Programamos nuestras actividades. La rutina aligera el tiempo. A las 8:30 empezará el día. 40 minutos de yoga. Limpio, cocino, sacudo. Kelvyn lava, aspira los tapetes, riega las macetas. Regaderazo. Desayuno. Caminata. Yo escribiré y él tirará una pared. Le hará bien descargar su frustración. Almuerzo dietético. Más escritura. Elaboración de cena gourmet. Café, vino, helado, cualquier pretexto para una larga plática. TV. Cena. Lectura. ~~Cama~~. Sueños.

A mí no me molesta el aislamiento ni el encierro. Durante 18 años, en Tasmania y Adelaide, mi marido salía a las 6:45 del amanecer; volvía a las 4:30. En ese lapso, solita y mi alma, yo era feliz ante la computadora, comiendo fruta, encendiendo la lavadora o podando los rosales... nunca se me ocurrió visitar a mis vecinos, inscribirme a

un gimnasio, club de lectura o biblioteca. Escribía. Eso siempre me bastó.

29 de marzo de 2020

Los chats, fuente de sabiduría, predicen que la pandemia promoverá el amor y la cordialidad entre los hombres. ¡Ojalá! La triste realidad es que las catástrofes sacan a flote el instinto. Esta reacción no tiene una connotación moral, sino biológica: la preservación de la especie. Sobreviven los más egoístas. Los que ven por sí mismos y los suyos y hacen del débil el escalón para salir a la superficie. Si esto se considera inmoral, pecaminoso o simplemente malo, los ilusos tienen un serio problema.

No tengo sentimientos de culpa. He trabajado toda la vida para conseguir lo que quiero. Y, ahora, por la dudosa satisfacción de sentirme buena, ¿le daré dinero a mi criada, al pordiosero, al mendigo, dejaré de viajar, visitar a mis hijas, comprarme cosas superfluas o considerarme parte de una élite? No.

Mi sirvienta jamás pagó el seguro social, ni impuestos, ni vio por sí misma. A la hora de la catástrofe, simplemente extiende la mano y pide. Yo obedecí las reglas sociales: pagué, cumplí, participé. Nunca más, nunca menos. Por lo tanto, que cada quien se las arregle como previó en tiempos mejores. ¿Y si no previó? Que sea digno y acepte su imprudencia. Las hormigas no ayudan a las cigarras. Mientras esas incapaces se hielan, las obreras

superan el frío invernal con la panza llena. La naturaleza es más sabia que la moral cristiana: conserva la riqueza pues, si se entrega a un individuo improductivo, conduce a la miseria. Y... ¿si la cigarra se sacara la lotería? Actuará exactamente igual que sus enemigas. Ante circunstancias similares, reaccionamos igual.

Bueno, bueno, bueno... hagamos un esfuerzo y supongamos lo imposible: se me ablanda el corazón y ayudo a una persona. ¿Por qué nada más a una? ¿Porque me conviene, porque la conozco? El prójimo es todo aquel que me necesita: dad de comer al hambriento, de beber al sediento, etc. Por lo tanto, ¿reparto a manos llenas, pensando que Dios proveerá? ¿O hago una selección, de por sí injusta, que me permita dos cosas: la conciencia tranquila y los lujos habituales? El jardinero, el conserje, el recogedor de la basura, el pintor, el carpintero, etc. etc. que trabajan en nuestro condómino, también se verán en aprietos. ¿Los hago a un lado? Desde luego. Un individuo, aun riquísimo, no puede resolver todos los problemas sociales. La dependencia económica mantiene al pobre en su pobreza; la verdadera caridad le proporciona los medios para que salga de esa degradación.

1 de abril

El miedo separa. Una cajera se me aproximó para ayudarme con los víveres. Instintivamente retrocedí. Ella avanzó un paso y yo, apartándome, le ordené: no se me

acerque. Antes jamás lo hubiera hecho: trato a los demás como espero que me traten. ¡Hace tan poco que empezó esto y ya la pandemia acabó con los buenos modales!

Nuestro presidente todavía descarta la gravedad del virus. Seguirá con su programa: conferencias, mítines, saludos de mano y beso; es decir, pondrá en peligro a la población.

Por la tarde, escucho la noticia: Andrés Manuel se contradice... por primera vez aconseja quedarse en casa. ¡15 días demasiado tarde! Pronostica una mortandad mucho menor a la de Italia o España. Los médicos lo desmienten: presagian muertos con números de cinco cifras. La popularidad del mandamás disminuye: diez puntos en un mes. Sin embargo, las masas cambian de humor sin previo aviso, porque la inconsistencia caracteriza al ignorante.

Mis hijas me llaman por teléfono, algo que rara vez sucede. Su padre (mi exmarido) enfermó y yo he dejado de teñirme las canas. El tiempo se acorta. Mañana, pronto, solo existiremos en el recuerdo. Por eso me llaman, platican, inquietan, se preocupan. Signos de amor. Aun entre numerosas ocupaciones (hijos, maridos, trabajo), estoy presente. Su actitud me conmueve muchísimo; tranquiliza que nos quieran.

Fernando, mi yerno, tajante, pero con un corazón de oro, me telefoneó para plantearme una opción: vuelo a Sydney vía Vancouver. ¡Qué regalo! Podemos elegir. Aun con esa posibilidad, Kelvyn opta por quedarse... y yo también. El apartamento de Interlomas es mucho más

grande que nuestra casa en Vailima Gardens. Aquí tengo amigos, clima perfecto, caminamos bajo el sol, andamos sin abrigo, compramos fruta y verduras frescas, una verdadera delicia. Permaneceremos en México. Mi Patria, la tierra de mis amores y de mis muertos.

4 de abril

¿Y qué tal si nos arrepentimos? En México no existe la seguridad ni la confianza. El presidente promueve el caos... Mejor conservo los boletos vigentes. Total, nadie nos obliga a usarlos.

Recibí tres telefonemas de casi una hora cada uno. Mis amigos se preocupan por mí. Esto significa cariño, una tibieza que abraza.

Hago comparaciones entre *A Journal of the Plague Year* con el presente. El concepto de un dios al que se pide absolución, ayuda o piedad no ha cambiado; tampoco la actitud de la gente. No sé cuántos WhatsApp borro cada día. Al principio me sulfuraban las cadenas de rezos: 1.000.000 de padrenuestros, 100.000 avemarías, como si esos números estrafalarios fueran a conmovier a la divinidad. Hoy, me he vuelto cauta. Mi irritación ante la credulidad/ignorancia de los devotos disminuye; ya ni siquiera expongo mis ideas, mucho menos las discuto. Simplemente suprimo semejantes tonterías... que resurgirán mientras no tengamos fe en nosotros mismos. Me parece curioso que las personas sigan suplicando a un

dios que nunca escucha sus súplicas. No entienden que, si acaso ocurre un «milagro», estaba incluido en las probabilidades a favor. Entre los enfermos del cáncer óseo se salva un tanto por ciento; no porque Dios intervenga, sino porque es una característica de la enfermedad cuando invade ciertos organismos inmunes a su desarrollo.

Me maravilla que los devotos tengan la osadía de corregir la creación. Dios hizo un universo perfecto; entonces, ¿cómo se les ocurre rogar que lo modifique a su antojo? Salva a mi padre, madre, hijo, hermano, protégelos de catástrofes, virus, guerras, dame amor, salud, dinero, trabajo... Si, por una supuesta bondad, Dios obedeciera, millones de ruegos cambiarían desde la herencia genética hasta el orden natural. Muchos suponen que su rectitud les concede el derecho a la gracia divina o, quizá, no ven el escenario completo. Nuestra mente solo abarca un espacio y un tiempo mínimos, por tal razón pretendemos alterar lo temporal. Cristianos, ¿dónde quedó su fe? Únicamente el padre sabe lo que el hijo necesita. A través de la oración, el verdadero creyente acepta los designios inescrutables de Dios: «Hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo...». Un momento... ¡qué cosas tiene la vida! Siendo una hereje ejemplar, predico. ¡Acabáramos!

Mis primas, Lety y Fer han decidido que suprimirán los subsidios si sus ingresos disminuyen. Primero está su salud y bienestar. Claudia, mi alumna, advirtió a sus hijos que pagará las altísimas colegiaturas mientras reciba un buen sueldo. Si merma, y está mermando porque ya no

tiene comisiones de ventas, irán a la UNAM o a donde se pueda. Considero muy saludables estas reacciones. El sacrificio exige agradecimiento eterno e incondicional, volviendo la relación familiar un verdadero infierno.

Hoy fui a comprar una computadora; la mía está tan vieja que me impide entrar al Facebook. Me encontré con las puertas cerradas. ¡La iniciativa privada acata la cuarentena! Así que nuestras únicas salidas serán al mercado. ¿De qué hablaremos? Puesto que no hay presente, del pasado. Quizá, también, de los interesantísimos (ironía) programas que vemos, amodorrados, en la TV.

10 de abril

Decidí no hacer el guion para película del gran inquisidor. La historia es demasiado complicada para acortarla. Su medio idóneo es Netflix, en una serie de 40 capítulos. Así que propondré a Caterina da Vinci, una historia lineal, con menos personajes y una trama sencilla. Ojalá acepten.

Aprovechando esta larga inactividad, Kelvyn remodela la lavandería. La convertirá en su estudio. Así, espero, volverá a pintar y el departamento se verá más ordenado. Estamos decididos a sacar el mayor provecho al virus.

Las aerolíneas cancelaron nuestra reservación dos veces más. El gobierno australiano interrumpió mi pensión por no regresar a tiempo con los canguros. ¡Señor, dame

paciencia! Vivimos una pandemia, cerraron las fronteras... ¿Qué quieren que haga?

¡Oh, destino cruel! Jamás pensé que Australia, un país tan rico, se ensañara en una pobre anciana, como yo. Desde luego, no se ha dicho la última palabra. En cuanto llegue, me pelearé con los burócratas y, si no me reembolsan hasta el último centavo, recorro a los periódicos y a mi representante ante las Cámaras. Tampoco nos han devuelto el dinero de los boletos. Si acaso viajamos a la misma ciudad, dentro del límite de un año, tomarán nuestra petición en cuenta. ¿Creen que me estoy chupando el dedo? No les creo ni el bendito.

Hacer y deshacer maletas se vuelve sinónimo de frustración. Plancho la ropa arrugada; me resisto, acabo cediendo. Limpio la casa. ¿Para qué? Los nervios me traicionan. Intento convencerme: de nada sirve preocuparse, tranquilízate, y, como maldición, me sale urticaria en una mano. Defensas bajas, diagnostica mi yerno. Su piel está susceptible a infecciones. Al cabo de una semana desaparecerán. Desaparecen.

Casi se terminan las píldoras para dormir. ¿He aumentado la dosis? Guardaré las últimas para una emergencia.

En la farmacia no surten sin receta médica. ¿Cómo reaccionaré tras 17 años de tomar somníferos cada noche? Sorpresa: duermo igual de bien o igual de mal que antes; dos noches descanso cual lirón, la tercera la paso en vela. Por lo pronto, no tomaré píldoras a lo idiota; desde hoy me libero de esa dependencia.

4 de abril

¿Cómo regresaremos a Australia? Pasamos horas proponiendo soluciones absurdas. Nuestro malhumor sale a flote. Por fin tengo una idea brillante: *darling*, telefona a la embajada. La persona que contesta se porta como psicoanalista dando terapia de apoyo. Por si fuera poco, resuelve nuestras dificultades en un dos por tres: el gobierno financia un programa para repatriar a los ciudadanos desperdigados por el mundo. Pagará las dos terceras partes del boleto, Los Ángeles-Brisbane, si pasamos catorce días de estricto encierro a nuestra llegada. Ahora solo falta partar los boletos. Si perdemos esta oportunidad, nos abandonarán a nuestra suerte. Kelvyn, a punto de sufrir un ataque cardíaco, lo intenta. Maldición: Qantas solo vuela cada semana; bendición: todavía quedan dos asientos para el último viernes del abril. Los compramos sin la menor objeción: debemos estar en el aeropuerto a las cinco de la mañana y viajaremos separados, filas D y Q. Aún incrédulos, nos comunicamos con Aeroméxico. ¡Milagro! Encontramos lugar para el vuelo a LA el día y la hora precisos.

—*Give me five!*—dice Kelvyn eufórico.

Todo está arreglado. Dudo... pausa... hacemos un examen de conciencia: ¿nos sentimos felices por regresar? No sé. Bueno, todavía faltan tres semanas y existe la opción de cancelar.

Ideamos un nuevo horario: ¿mi marido acabará la remodelación del apartamento o dejará polvo y escombros en su futuro estudio? No tengo idea. Si planeo los menús, ¿vaciamos el refrigerador o la comida terminará en la basura? ¿O con el conserje?

Titubeo: ¿saco nuevamente las maletas y las lleno poco a poco? Presiento que nos traerá mala suerte.

¡Dios santo! Los seguros médicos expiran hoy. Hacemos cuentas: gracias a la diferencia de horarios, Kelvyn puede hablar a Australia y renovarlos.

¿Por qué escribo haciendo preguntas? ¿Es un signo de locura?

10 de abril

Pasamos los días en suspenso total. Apostamos a que nos cancelan. Confiamos. Mientras, intentaré algo constructivo para pasar el tiempo. Ya no me atrevo a informarle a mis amigos que me quedo-me esfumo-me despedido-me retacho-me cancelan-me voy. Tampoco logro escribir.

15 de abril

Cambian el horario del vuelo a Los Ángeles. Por reloj, tardo dos horas y 50 minutos en comunicarme con